

LA "NUEVA FILOSOFIA" EN EL RIO DE LA PLATA ¿1703 ó 1790?

Guillermo Furlong

Quienes se han ocupado en historiar las vicisitudes filosóficas en el Río de la Plata, con anterioridad a 1810, advirtieron que, allá en las postrimerías del siglo XVIII, hacia 1790, el Cartesianismo estaba a la puerta de la Filosofía Rioplatense y, creyendo que recién entonces entraba, así lo publicaron a los cuatro vientos. Aún más, y con fin de dar mayor sabor periodístico a la sensacional noticia, agregaron, por su cuenta y riesgo, que entró entre gallos y medianoche, y venciendo resistencias de toda índole.

La realidad, sin embargo, fué muy otra: no estaba a la puerta, porque entraba, sino que estaba a la puerta porque salía.

Como por aquellos mismos días vieron, junto a la misma puerta, a la vieja Escolástica, que había vivido allí durante tantos años, creyeron que se retiraba, siendo así que, después de una larga ausencia, entraba nuevamente rejuvenecida y remozada, a su vieja mansión.

Con prejuicios verdaderamente inverosímiles, sin un adarme de "libre examen", sin libertad alguna de espíritu, sojuzgados por dogmatismos que hoy nos hacen sonreír, jurando *in verba magistri*, Juan Agustín García, Ingenieros, Orgaz y Alejandro Korn han falseado así y mistificado uno de los hechos más fundamentales en nuestra historia cultural.

En 1706 se hallaba en Roma, a donde partió desde Buenos Aires en 1703, y se hallaba de regreso en 1712, el jesuíta Francisco Burgés, uno de los hombres que, por más años, ocuparon la principal cátedra de Filosofía en la Universidad de Córdoba y autor de un *Cursus philosophicus* en tres volúmenes. Asistía a una Congregación General o Congreso, y uno de los puntos debatidos fué el Cartesianismo. Con rara unanimidad, los integrantes de aquel Congreso o Congregación declararon que "así como Aristóteles, aunque haya enseñado algunos errores, no ha sido por eso desechado de las Escuelas, sino que le hemos admitido, después de corregir los errores en que incurrió, eso mismo debe hacerse con Descartes. Impúgnense los errores que enseña, pero recíbanse los descubrimientos que hizo y los experimentos y razones con que demostró algunas verdades ya sabidas".

Tal fué la sapientísima norma adoptada entonces y, al efecto, se trabajó un elenco de proposiciones erróneas, ninguna de las cuales pesa un adarme en el positivo progreso de las ciencias y algunas nos parecen hoy hasta baladíes como que “solamente puede existir un mundo” y que “la razón no obra cuando aprehende o percibe, sino que es facultad puramente pasiva”. Recordemos aquí que en 1730 se tuvo otra Congregación General, también en Roma, a la que fueron diputados, por el Río de la Plata, los Jesuítas Antonio Machoni y Juan de Alzola, y aunque se trató de frenar los excesos de los filocartesianos, se declaró que “no es contraria, sino muy conforme a la filosofía de Aristóteles la amena erudición, que principalmente en la Física Particular, explica e ilustra por medio de cálculos matemáticos y de experimentos los más insignes fenómenos de la naturaleza”.

Oficialmente la puerta estaba abierta y la fueron ensanchando las obras de los mismos fautores de la “nueva filosofía”, y a la labor de éstos hay que agregar la de los *Memoires de Trevoux*, que llegaban a Córdoba periódicamente desde 1702 hasta 1767, y hay que agregar también la prédica de Caramuel y la influencia de Feijóo, y sobre todo la de uno de los profesores de Córdoba, que había sido “el discípulo predilecto de Newton”.

Desde principios del siglo XVIII, si no antes, los profesores de Córdoba tenían a mano, en la Librería Grande de la Universidad, las *Obras de Gassendi*, la *Opera Omnia de Descartes*, las *Obras de Newton* y los infolios de *Cristian Wolff*, y, como si no bastara la posesión y la lectura de estas obras, tenían también a mano, a lo menos desde principios del siglo XVIII hasta 1767, la revista científica que más esclarecía, defendía y refutaba, confirmaba o contradecía las doctrinas más aprovechables de aquellos y de otros pensadores.

Nos referimos a las *Memoires de Trevoux*, publicadas en París desde 1701 hasta 1770, y que llegaron a constituir el más rico arsenal del saber humano del siglo XVIII, almacenado en sus 203 volúmenes. En 1767 había en Buenos Aires y en Córdoba sendas colecciones de todos los tomos aparecidos hasta la fecha, colección que, no obstante contar entonces de 182 volúmenes se ha extraviado de tal suerte (¡cuánta incuria!) que es necesario ir al extranjero para consultar hoy las celebérrimas *Memoires de Trevoux*. Este era su título abreviado, ya que el que le es propio es el de *Memoires pour l'histoire des sciences et des arts*.

Reconocemos de grado que en los doscientos tres volúmenes de esta revista (a ese total de volúmenes llegó después de 1767), tan traída y llevada por todos los profesores de Córdoba, en el decurso del siglo XVIII, como es visible en los escritos de Rufo, Morales, Guevara, Machoni, Muriel, etc., hay mucha superficialidad y mucha palabrería huera,

males sin duda de la época, pero quien recorre, aunque no sea sino someramente aquella imponente fila de elegantes tomitos, se da plena cuenta que toda la ciencia europea, en especial la Filosofía y la "nueva filosofía", tenía un eco mundial en las columnas de las famosas *Memoires*.

Ya en el primer volumen pudieron los profesores de Córdoba, y a la par de ellos, los de Buenos Aires, leer un estudio sobre *El Ensayo Filosófico* de Locke, y en el mismo volumen pudieron leer un *Extracto de una carta de Leibnitz a M. Pinson*, y una lucubración sobre *El eclipse de luna del 22 de febrero de 1701*, debida al astrónomo Jesuíta Padre Pallin, y una descripción de *La esfera móvil* presentada al Rey el 28 de febrero de 1701, y una disertación sobre *El microscopio de Marshall*, sabiamente ilustrada, y una refutación de *Las Cinco Propositiones* de Jansenio.

Todo esto y mucho más, que no hace a nuestro caso, en sólo el primer tomo correspondiente a 1701. Se podrá sostener que hubo profesores rancios y adocenados, como los ha habido y hay en todos los países y en todos los tiempos, pero es indiscutible que en Europa, como en América, aunque no siempre con resultados brillantes, se trató de hermanar la Filosofía tradicional con las innovaciones del experimentalismo. No fué empresa siempre fácil, pero hay que reconocer que cuanto se ha escrito sobre el marasmo aristotélico y sobre el quietismo filosófico, es un infundio de mala ley. A lo menos por lo que respecta a los profesores de Córdoba. No se vendaron voluntariamente los ojos para no ver la luz, siempre que ésta fué legítima y provechosa, procurando sabiamente no confundirla con las luces fatuas, tan abundantes entonces como ahora.

Quien recorre detenidamente las mencionadas *Memoires de Trevoux* queda admirado de la enorme repercusión que tuvieron en ellas todos los sistemas y todas las ideas, todos los problemas, aun los de procedencia rusa, turca, y china. En un aparente desorden, pueden verse allí monografías sobre la *Historia Filosófica de Lacedemonia*, sobre el *Método para simplificar las leyes*, sobre *La naturaleza oprimida por la medicina moderna*, sobre *La sociabilidad*, sobre *El Pensamiento según P. Segaud*, sobre *Las Causas físicas y morales de la risa*, sobre *La Moral en la historia por Mopinot*, sobre *La insuficiencia de la religión natural*, sobre *Una nueva teoría del placer*, sobre *Los errores y las supersticiones*, sobre *Los Pensamientos de Pascal*, sobre *Lo que es la sabiduría*, según Charron, sobre *El sistema de Mr. Noble*, sobre *La Física de los antiguos comparada con los modernos*, sobre *Los caracteres de la amistad* y sobre *El Arte de conocer a los hombres*, sobre *La regla de los movimientos uniformes* y sobre *El hombre conducido por la razón*, sobre *La Filosofía de la naturaleza* y sobre la *Historia de las causas primeras*, sobre *La Filosofía moderna* y *La incredulidad* y sobre *El matrimonio como contrato*, sobre *El sistema agustiniano de la gracia* y sobre *El nuevo método de estudiar*

teología, sobre *Las afecciones vaporosas*, *El sirop mercurial*, sobre los *Medios de hacer más útiles los estudios jurídicos* y sobre *La ley natural*, según Juin, sobre *Las obras de Leibnitz* y sobre *La Naturaleza del pensamiento*.

El espíritu enciclopédico de las *Memoires de Trevoux* nada excluía de sus páginas, y no obstante la preponderante dirección de los Jesuítas en esa publicación periódica, hasta dió cabida en sus volúmenes (mayo 1768) a un artículo remitido por M. de Voltaire.

La *Rationalis et realis Philosophia de Caramuel* era ya conocida en el Río de la Plata, desde mediados del siglo XVIII, y al través de esa y de las demás obras de aquel espíritu inquieto y atrevido pudieron los hombres rioplatenses darse plena cuenta de lo que había de inútil en el aristotelismo y de lo que había de positivo valor en el cartesianismo, y debió de completar la acción de Caramuel la de Benito Feijóo, cuya popularidad en el Río de la Plata fué enorme.

Aun los libros de texto usados en Córdoba, en la primera mitad del siglo XVIII, y lo fueron en primer término los de Juan de Ulloa y los de Luis de Lossada, lejos de cerrar las puertas a las innovaciones provechosas, las favorecían. La *Physica speculativa* de Ulloa, publicóse en 1713 y cinco años más tarde, en 1720, esta obra era ya popular en Córdoba, como es dable verse en un códice de ese año. Y es precisamente en el prólogo de esa obra en la que se consigna una discreta relación de todo el movimiento innovador. "Reinaba pacíficamente Aristóteles, y hemos de reconocer que reinaba con toda felicidad, en todas las escuelas de la Europa, siendo universalmente aceptada su doctrina sobre la naturaleza de las cosas, constante aquella de naturaleza y forma, cuando dos médicos, el complutense Valles y el gallego Pereyra, excogitaron otros sistemas, que fueron seguidos con modificaciones y alteraciones, por Busson, Descartes, Gassendi, Maignan, Saguens y otros no pocos en número y de no escaso valer. En este trabajo me propongo examinar éstas y otras doctrinas (*Has philosophiae simul cum aliis examinandas suscipio*)" y aunque opino que se debió restringir el afán de novedades (*novitatum appetitus coerendus*), no dejo de reconocer lo bueno y lo útil que es el sacudir las viejas doctrinas, remozándolas con aportes nuevos, sobre todo con los que la experimentación ofrece tan abundantemente.

Posterior a Ulloa, pero no inferior a él como pensador robusto y como estudioso de amplísimo espíritu, fué Luis de Lossada, autor del *Cursus Philosophicus* publicado en 1730 y a cuyo frente se halla una *Disertación de la nueva o innovada Filosofía, llamada Cartesiana, Corpuscular o Atomística*. "Por lo general, desprecian los Españoles, la Filosofía Cartesiana, escribe Lossada, y se ríen de ella, considerándola una mecánica, más que una Filosofía, y no faltan quienes la califican de Filo-

sofía laica, de Filosofía propia de personas iliteratas y de mujeres, y traduciendo su pensamiento al castellano, dicen que es Filosofía de capa y espada, y Filosofía de estrados”.

De la gran estimación alcanzada por la obra del Padre Lossada, en los medios más adictos a la tradición escolástica, pueden dar idea estas palabras que Isla estampó en su Fray Gerundio:

“...más ha de treinta años se publicó en España el *Curso Filosófico* del sabio Padre Luis de Lossada, cuya admirable física comienza por un largo y docto discurso preliminar en que se exponen, se examinan y se baten en brecha casi todos los sistemas filosóficos, que se llaman modernos por mal nombre, representándolos todos con sus pelos y señales. Aunque esta impugnación como imparcial y tan verdaderamente sabia, no es tan en cerro ni tan a destajo, que en los discursos de la obra no se abracen algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, a cuyo jefe, por lo demás, se sigue con juicio y sin empeño”.

Estas últimas palabras del autor de Fray Gerundio nos dan también a entender la amplitud de criterio del filósofo jesuíta, que supo con juicio ecuánime dar la razón a los filósofos modernos, allí donde sus argumentos y experiencias le parecieron de valor decisivo, contra la opinión de las escuelas. Feijóo, en un apéndice a su *Discurso sobre lo que sobra y falta en la Física*, nos comunicó también sus impresiones de la lectura del *Curso* del Padre Lossada, notando precisamente la comprensión y buen sentido de éste, al hacer examen de las novedades venidas de fuera.

La influencia de Burgés, las *Memorias de Trevoux*, los escritos de Caramuél y de Feijóo y, lo que es más, los textos de Ulloa y de Lossada, y lo que todavía es mucho más las obras de los mismos fautores de la nueva filosofía repercutieron intensamente en Córdoba, pero éstos tenían en casa y en forma muy singular, un elemento valiosísimo que fué, entre ellos, como la levadura del movimiento que, entre 1730 y 1767, remozó los estudios tradicionales, ya despojando de los mismos a los elementos inútiles, que eran una rémora, ya inyectándoles nuevos y valiosos elementos de vida.

Nos referimos a la persona y a la actuación del jesuíta inglés Tomas Falkner. Llegó al Río de la Plata en 1730 e ingresó en la Compañía de Jesús en 1732, después de abjurar sus errores luteranos. Era, a la sazón, médico y había cursado sus estudios junto a la cátedra de dos grandes sabios de la Inglaterra: Ricardo Mead e Isaac Newton. Un contemporáneo de Falkner, el Padre Ramón Termeyer, no sólo nos dice que había tenido por maestro a Newton, sino que asevera que fué Falkner “el discípulo predilecto” de Newton.

Este solo hecho es de una grande elocuencia, ya que, en primer tér-

mino nos enseña que Newton no era un desconocido a los profesores, puesto que uno de ellos consideraba una gloria de Falkner el haber sido discípulo de tal maestro, y es un indicio del alto predicamento en que era tenido el autor de los *Principia Mathematica*. En segundo lugar, indicaría que Falkner se gloriaba de esa realidad y, dado el prestigio que como médico y cirujano le enaltecía ante propios y extraños, desde 1732 hasta 1767, era explícita o implícitamente un vocero de las doctrinas newtonianas, en todo lo que éstas tenían de sólidas y verdaderamente progresistas.

Discípulo de Newton en Inglaterra, fué Falkner un discípulo de Cristian Wolff en Córdoba, ya que, entre sus libros, poseyó la magna obra científica de aquel sabio, obra que adquirió después de su ingreso en la Compañía, puesto que se trata de un ejemplar de la edición 1746. En el frontispicio del ejemplar de esta obra, en tres tomos, conservados actualmente en la Biblioteca del Colegio del Salvador de Buenos Aires, se lee: “Es de la Librería Grande del Colegio Máximo de Córdoba, aplicado por el P.: T: Falconer, año 1764”.

Falkner, aunque alumno primero, y después profesor en la Universidad de Córdoba, no fué el introductor de la “nueva filosofía” si bien fué, tal vez quien más trabajó para consolidar la innovación.

Aún más: ni fué Falkner el que despertó la pasión por las matemáticas ya que, antes de llegar él a las aulas de Córdoba, no ya como profesor sino como alumno, había egresado de ellas un matemático tan destacado como Buenaventura Suárez, autor del *Lunario de un Siglo* y fundador del primer Observatorio Astronómico argentino, y autor de observaciones tan interesantes y precisas sobre las inmersiones de Júpiter que Celsius y Vargentín las consideraron superiores a las de los mejores observatorios europeos. Y Suárez era santafesino; y jamás había estado en Europa; y todos sus estudios los había hecho en Santa Fe y en Córdoba.

La Nueva Filosofía, esto es, la Física felizmente divorciada de la Filosofía, había llegado a asentar firmes sus plantas en Córdoba, cuando en 1748 llegó a esa ciudad, donde había de descollar “como el ciprés entre los yuyos”, para usar la expresión virgiliana, el gran Domingo Muriel. No vamos a recordar aquí los talentos y méritos de este insigne varón, tal vez el más grande hombre de ciencia que hubo en el Río de la Plata, con anterioridad a 1810, pero hemos de destacar el hecho de que, apenas llegado al país, en 1748, pasó como catedrático de Filosofía a Córdoba, y en forma tajante cercenó de la gloriosa Escolástica todo lo que todavía tenía de anticuado, e inyectó en los programas de aquella sede del saber máximo, lo más sólido y racional de las nuevas corrientes filosóficas.

“En febrero de 1749, comenzó a dictarnos la Lógica —escribe el Padre Miranda— y sucesivamente todas las partes del curso filosófico, con

claridad, solidez y delicadeza de ingenio: cualidades que raras veces se hermanan: y en esta facultad se hizo eminente, añadiendo a la comprensión de la antigua filosofía escolástica, el *conocimiento puntual de la moderna*.

“No perdonaba trabajo, diligencia o industria para hacernos consumados filósofos. Mas fuese por falta de mayor talento en algunos de sus discípulos, o en otros por falta de mayor atención y conato en el estudio, él se mostraba poco contento de nuestros progresos filosóficos, de los cuales por ventura otro maestro se habría dado por satisfecho.

“El tercer año del curso filosófico, añade Miranda, después de habernos dictado la metafísica y la animástica (o psicología), en cuyos tratados procuró ceñirse cuanto pudo, cercenando varias cuestiones inútiles que no sirven sino para perder el tiempo y para romper la cabeza, aunque nuestros mayores las creyeron y llamaron útiles para aguzar el ingenio, nos dió ética o filosofía moral en un bellissimo compendio que hizo del tomo en folio que sobre este argumento estampó el célebre P. Teófilo Raynaudo... : nos dictó también *un excelente epitome de matemáticas*, que sacó de las obras del Padre Dechales. ¡Tanto era su deseo y tanto su trabajo para aprovechar a sus discípulos!

“En todo lo cual hizo un no pequeño beneficio a aquella Universidad, porque rompió y abrió el camino para que ella, cortando los maestros de filosofía aristotélica, muchas superfluidades inútiles, áridas e insípidas que allí se trataban, introdujesen *muchas materias útiles, amenas y sabrosas de la filosofía moderna, que antes se miraban allí como géneros de contrabando*”.

Y no se crea que las innovaciones de Muriel fueron efímeras o sin arraigo. Todos los profesores de Filosofía, con que contó la Universidad cordobesa, entre 1730 y 1765, fueron de amplísimo criterio, por lo que respecta a las nuevas luces y fueron entusiastas decididos de Newton. Basta abrir los infolios del Padre José Dufo, profesor de Animística en Córdoba entre los años 1763 y 1767, y los códigos de profesores de esa época, como Verón y Rospiglosi, y aún de época anterior para apreciar cuán al día estaban los Jesuítas a mediados del siglo XVIII. Dufo muy sensatamente, es aristotélico, esto es, filósofo dominado por el sentido común, pero en todo lo experimental deja de lado, con el debido respeto, al pensador helénico, y sigue las huellas de Romer, de Mayr, de Nollet, de Duhamel, de Gassendi, y, sobre todo, de Newton, del “gran” Newton: *Magnus ille, clarissimus Neytonius, Newton inter omnes primus, clarissimi Gassendi et Newton*.

Para apreciar en todo su valor estas realidades es menester recordar que en 1739 Newton era aún un desconocido, o poco menos, en la cultísima Francia, y que es de ese año la publicación de Voltaire: *Réponse aux objections qu'on a faites en France contre la philosophie de Newton*. De

paso digamos que es en ese folleto, que recuerda Voltaire cómo “la filosofía de Descartes fué proscrita en Francia mientras tuvo apariencia de verdad... más hoy, cuando saltan a nuestros ojos sus errores, no está permitido abandonarla”. ¡Newton más conocido y apreciado en el Río de la Plata que en la cultísima Francia, a pesar de ser algo mayor la distancia producida por el Océano que por el Canal de la Mancha!

Carraciolo Parra asevera que Newton no era conocido en Caracas hasta 1788, y no le parece atrasada esa fecha, ya que todas las innovaciones científicas, de índole teórica, son de paso muy lento. Notemos, sin embargo, para gloria altísima de nuestra Universidad cordobesa, que a ella había aportado medio siglo antes, y reconozcamos que está Córdoba algo más lejos que Caracas, e inconmensurablemente más lejos que París. Los grandes principios newtonianos habían arribado antes de expirar el primer tercio del siglo XVIII, y habían sido recibidos y saludados y hospedados, con tanto o mayor entusiasmo, que los ilustres visitantes Juan Manuel de Sarricolea y José de Palos, que en esos años, llegaron hasta la docta Córdoba.

Pero abreviemos: en 1756 la nueva filosofía había llegado a dominar y en forma tan excesiva, que el entonces Canciller de la Universidad de Córdoba, Padre Manuel Vergara, remitió a Roma un elenco de 16 sentencias y opiniones filosóficas que había él observado se enseñaban “por algunos profesores nuestros”. El General de los Jesuítas hizo que los Revisores de la Compañía examinaran esas conclusiones o doctrinas, y todas ellas fueron proscritas. El cartesianismo en Córdoba había salido de madre y rebasado toda medida, y eso ¡antes de 1756!

Medio siglo más tarde la Filosofía Nueva ya era vieja, en Córdoba y también en Buenos Aires; tan vieja que tuvo que retirarse por falta de pretendientes y ¡cosa singular! regresó juvenil y rozagante la vieja Escolástica, que había ya dejado de ser vieja por obra no de arlequines, sino de dos de los más grandes pensadores que ha habido en el Río de la Plata: Valentín Gómez y Diego Estanislao Zavaleta.

¿Cómo se obró ese fenómeno? ¿Cómo se explica que cuando la Escolástica estaba aún tendida por los suelos, después de su choque con la Nueva Filosofía, en todos los países de Europa, surgiera luminosa y vigorosa en el Río de la Plata? Si Sanseverino, en Italia, y hacia el año de 1840, pudo levantar la Escolástica, curar sus heridas e inyectar en ella nueva vida, fué por las instrucciones que recibió de Buzzetti, pero éste a su vez las había recibido de Baltasar Masdeu y no hay que olvidar que este jesuíta español vivió en Faenza con los Jesuítas que habían estado en el Río de la Plata y era íntimo amigo de Domingo Muriel, de José Guevara, de José Peramás, de Gaspar Juárez, de José Dufo, y no hay que olvidar que todos estos exilados tenían continua correspondencia con los

hombres más conspicuos de estas regiones americanas. La correspondencia de Juárez, ya édita, y la de Villafañe, inédita aún, bien lo declaran.

Debió ser, por esta vía, o por otra que desconocemos, que en Buenos Aires primero y después en Córdoba, medio siglo antes que en Europa, surgió la Neo-Escolástica, fuerte y vigorosa, en brazos de Gómez y de Zavaleta. Ninguno de ellos, como tampoco Mariano Medrano, que tan gloriosamente ocupó también la cátedra de Filosofía en el Colegio de San Carlos, desconocían o desechaban las nuevas tendencias filosóficas, o más bien, de Física experimental, antes las abrazaron con entusiasmo y las enseñaron, mostrándose muy al día respecto de los adelantos de las mismas, pero volvieron a Aristóteles para pensar con seriedad y para ahondar con esperanza de éxito, y al lado del Estagirita colocaron a Santo Tomás y a Francisco Suárez.

Los hombres que entre 1780 y 1810, plasmaban mentalmente a la generación de Mayo, habían felizmente retrocedido a 1680-1700, en todo lo que la vieja Filosofía, que es la Filosofía del sentido común, tenía de firme, de seguro, de luminoso y trascendental.

A excepción de algunas cuestiones secundarias o terciarias y una sola que muchos consideran primordial, la doctrina escolástica de la materia y forma, Mariano Medrano, Valentín Gómez y Diego Estanislao Zavaleta presentaron a sus alumnos, entre los que se hallaban Mariano Moreno, José León Vanegas, Julián Navarro, Saturnino Segurola, Tomás Anchorena, Manuel García, Vicente López, Bernardino Rivadavia, Bernardo Vélez toda la Filosofía Escolástica, y lo que es más la presentaron aislada de la Física y en toda su belleza personal.

De lo dicho, se sigue que entre 1790 y 1810 la Nueva Filosofía no pretendía entrar al Río de la Plata, y eso "entre gallos y medianoche", como nos informan los Gutiérrez, los López, los Korn, y los Ingenieros, sino que salía; y la vieja Filosofía no salía, sino que regresaba después de una ausencia casi centenaria.